

Pobres conquistadores

Daniel Sánchez Centellas



LA CALLE

narrativa

POBRES CONQUISTADORES



POBRES CONQUISTADORES

© Daniel Sánchez Centellas

Diseño de portada: Dpto. Diseño La Calle

I^a edición

© Editorial La Calle, 2018.

Editado por: Editorial La Calle
c/ Cueva de Viera, 2, Local 3
Centro Negocios CADI
29200 Antequera (Málaga)
Tel.: 952 70 60 04

Correo electrónico: editoriallacalle@editoriallacalle.com
Internet: www.editoriallacalle.com

Reservados todos los derechos de publicación en cualquier idioma.

Según el Código Penal vigente ninguna parte de este o cualquier otro libro puede ser reproducida, grabada en alguno de los sistemas de almacenamiento existentes o transmitida por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de EDITORIAL LA CALLE; su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica.

ISBN: 978-84-16164-64-6

Nota de la editorial: Editorial La Calle pertenece a
Innovación y Cualificación S. L.

DANIEL SÁNCHEZ CENTELLAS



POBRES CONQUISTADORES



Editorial La Calle
ANTEQUERA 2018

Índice de contenido

Portada

Título

Copyright

Índice

CAPÍTULO I LO QUE HAY HACER PARA...

CAPÍTULO II EL PODER CUANTO MÁS...

CAPÍTULO III ISLA FINK

CAPÍTULO IV ¿A DÓNDE SE SUPONE QUE VAMOS?

CAPÍTULO V NO TODO ES LO QUE PARECE

CAPÍTULO VI EL DESCUBRIMIENTO

CAPÍTULO VII LA ILUSTRACIÓN

CAPÍTULO VIII JEMENE Y TURRANZUO

CAPÍTULO IX VIAJE RÁPIDO

CAPÍTULO X CUANTO PEOR, MEJOR

CAPÍTULO XI LA TRAVESÍA

CAPÍTULO XII SUBTERFUGIOS

CAPÍTULO XIII ¡A LA BATALLA!

CAPÍTULO XIV VUELTA A CASA

CAPÍTULO XV LA PARTIDA

CAPÍTULO XVI OCÉANO ALEKTIANO

EPÍLOGO

CAPÍTULO I

LO QUE HAY HACER PARA...

Una vez la batalla fue declarada por concluida, con la rendición del enemigo (cantada a voces y confirmada con los toques de trompeta como era costumbre), Alekt Tuoran se sintió hondamente aliviado. Más que aliviado, se sintió vivo de nuevo. Sus ojos continuaban desorbitados por el terror, y la piel estaba empapada de un frío sudor; había recibido mandoblazos de refilón, y percibido cómo las saetas silbaban rozando a la altura de sus sienes, mientras el estruendo de las cargas explosivas destrozaban formaciones de hombres. A pesar de haber cabalgado en un sólido caballo, con sus corazas y bien armado, y de haber rechazado con cierta soltura los ataques de jinetes enemigos, se sentía rendido, no vencedor y extremadamente tenso; en realidad, se había visto obligado a participar en este belicoso juego del emperador. Todo para poder tener audiencia inmediata, necesaria e ineludible, pese a que era una época desafortunada: en ese momento su magnificencia acometía la conquista de la ciudad de Eretrin por batalla de extramuros.

Alekt no estaba hecho para la guerra ni jamás se sintió de la casta de los notables del emperador. En realidad era navegante y solo necesitaba hablar con el emperador en

ese preciso momento, en esta época y no otra, para obtener su favor sin titubeos ni dilaciones, por lo cual la recomendación general que le hicieron era casi una orden: «Lucha a su lado en la toma de Eretrin».

En tiempo de paz, Alekt solía fondear en el puerto de Eretrin, por lo que conocía sobradamente la gran maestría y precisión con la que se construían naves en dicha República. De ahí, que hubiera oído hablar de los informes de la botadura de dos fragatas hermosas y veloces como antes no se habían armado nunca. Dos obras de ingeniería y artesanía, que adornadas con un gusto sencillo en sus mascarones y sus bajorrelieves, garantizaban su capacidad al que las quería conocer por su estilizado y largo bauprés, por sus sólidos palos y su ausencia de cualquier cosa superflua. Si tal tiempo de paz hubiese persistido, en lugar de hacerse con ellas como un infame botín de guerra mediado por el emperador, hubiera podido adquirirlas pacíficamente con una incruenta transacción. Pero las cosas estaban así y él no podía cambiarlas, debía hacer lo que debía hacer, y seguir esa maldita recomendación de sus allegados y familia.

En lo que respecta al emperador, en realidad se podía obtener cualquier favor de él, siempre por un determinado precio, por supuesto, y a veces podía ser demasiado alto. Los emperadores del imperio de Strooli habían adquirido esa costumbre en respuesta al auge de las familias cambistas que adquirían poder en contra del monarca. Para contrarrestar sus deudas y el poder de los que les

prestaban dinero, los regentes se dedicaron a ofrecer favores a cambio de favores, o a darlos por un pago, sin perder una mísera moneda de su tesoro. De este modo, habían logrado amasar paulatinamente un desahogado erario. Así fueron conocidos como emperadores-prostitutos, un calificativo que llevaban casi con orgullo porque, sin duda, eso les había permitido sobrevivir; en contraste con las exmonarquías que los rodeaban, engullidas por las rebeliones de sus burgueses cambistas.

Ellos mismos habían creado un mercado libre de favores, prebendas y comercios; prácticamente sin distinción de clase. Se podría decir que tenían a todos sus súbditos participando en concursos, desde el más grande de sus notables hasta el más mísero mendigo; y así, como segunda victoria de su gobierno, los tenían entretenidos a todos. Uno de los entretenimientos que el emperador dispensaba para el pueblo y la clase superior (como solían llamarse a sí mismos), era la guerra. Ese estado de lucha continua era el gran negocio para todos, para él mismo y su familia. Entre otras cosas porque derrotar militarmente a sus enemigos republicanos, y anexionarse sus provincias, venía a ser la constatación de que, sin duda, el imperio era lo mejor. Y con la guerra, el botín, cómo no.

El emperador estaba muy campechano, jocoso y alegre con este triunfo, y atendía con una sonrisa la cola de notables a los que les debía favores por esta campaña. Era de destacar la rapidez con que los despachaba, casi como si fuese un tabernero en una fiesta de pueblo. Constituía, sin

duda, un espectáculo, verlo de pie tras una ruda mesa de madera, moviéndose rápidamente para dar el título a este, la bolsa de monedas a aquél (en el más escaso supuesto), el lote de prisioneros destinados a esclavitud a uno, o la firma imperial a aquél otro. Se podría pensar que lo hacía al tuntún, y estirando más el brazo que la manga. Pero no era así: hacía tiempo que él y sus visires habían estudiado las solicitudes, y el momento justo después de la batalla, en caliente y con los nervios aún exaltados; era el evento perfecto para hacer las transacciones. Y cuando veía a un solicitante en concreto, curiosamente se acordaba de él, y se dirigía con un tono muy amistoso: «Hombre, si es Dagüer, el de los juncos; va, venga, pasa, que has cumplido, ¡hala!, a disfrutarlo, y acuérdate: la próxima vez te llamaré». De súbito, dirigiéndose al siguiente: «¡Pero si es mi amigo, el amo de la llanura yerma! Muchacho, ¿cómo te has hecho esto? A ver, además de la recompensa, a este hombre lo ha de ver mi cirujano». Hasta que le tocó el turno a Alekt:

—Dime guerrero, ¿a ti que te falta? —Alekt se dirigió con desparpajo al emperador.

—Me prometiste embarcaciones y tripulación para un viaje exploratorio, emperador Raundir Stosser. Además, te aclaré que yo no soy guerrero. Espero que te acuerdes de mí y de mi condición, así como de la promesa que me hiciste. Recuerda, si tu memoria no te falla, que nuestra partida a la mar debe ser en esta época, y no en otra, por los movimientos de corrientes.

—¡Ja, ja, ja, así me gusta, con brío y sinceridad! ¡Pues claro que sí! Ahora me acuerdo, muchacho. —El emperador se dirigió a su visir principal—. ¿Por qué no han dejado pasar a este hombre antes que a los demás?

El visir le contestó secamente con argumento burocrático:

—No es de la casta de los notables, mi señor emperador.

El emperador se quedó satisfecho con la respuesta y pensativo al mismo tiempo. Pensativo en la magnitud de la empresa de ese hombre, que recordó inmediatamente, pues era la idea más fructífera y provechosa que había pasado por delante de su corte desde que reinaba. La idea le resultó tan llamativa y lucrativa que llegó a olvidar deliberadamente el nombre de su autor. Esa era una aventura que deseaba llevar con cierta discreción, para que ningún notable intrigante se le metiese de por medio, por este motivo su aparente impulsividad y los excesos de su montaje teatral en darle lo que quería al marinero no eran más que un maquiavélico proceder, como era todo aquello que acontecía en ese preciso día. Los notables allí presentes no podrían ni deberían ver otra cosa más que a otro acreedor satisfecho, otra puesta en escena de agasajos histriónicos. El emperador, se dirigió en estos términos al capitán de barco:

—Pues te habré de declarar notable por la vía rápida.

Con modestia y una leve inclinación, Alekt expresó su negativa:

—Magnífico y serenísimo emperador Raundir Stosser, me honras, pero no me es necesario.

El emperador le contradijo, sin enfadarse, pero con un velado tono entre coacción y mandato:

—Mi estimado navegante, recuérdame tu nombre — rápidamente, Alekt respondió, y el emperador prosiguió, alzando el índice—. Mi buen Alekt, maestro de naves, no quiero tener un disgusto justo antes de la victoria fecunda. Acatarás el nombramiento ya que, a pesar de la proximidad que tengo con vosotros, soy yo, a la postre, quien dispone en el imperio y quien os concede los favores a todos.

Alekt bajó la cabeza y pidió disculpas, prácticamente con un susurro, ante la posibilidad de enojo del emperador. Bien conocido era que la viveza que tenía en el trato amistoso, también la tenía en la espada y en las sentencias contra sus enemigos, o simplemente contra cualquier sospechoso de serlo. Así pues, los trámites con Alekt fueron despachados en pocos segundos:

—Toma tu título de notable, Alekt Tuoran de Barklos — dijo, mientras escribía el nombre de su súbdito—. Y así lo rubrico por toda mi potencia, magnanimidad y sabiduría. ¡Dadme el sello! —Estampó la firma imperial en el documento y se lo entregó en mano a Alekt, mientras seguía hablando, esta vez con aire distraído y a media voz —. Ya sabrás, como buen informado navegante que supongo que eres, que en el puerto de Eretrin hemos podido apresar dos fragatas intactas. Son tuyas. De hecho,

aprehenderlas sin desperfecto ni mella después de esta batalla, ha sido uno de los fines de esta campaña, pues..., se suponía que se utilizarían, según alguien me dijo. —La mirada penetrante y cómplice, que los demás no advertían, le hacía ver a Alekt que se acordaba perfectamente de todo el plan, así como de las expectativas más que ambiciosas que en él había depositado—. Mi visir de navegaciones te hará el papel. ¡Ah! ¡Otra cosa! —Miró entre los que estaban detrás de Alekt, ya despachados, y voceó a uno de sus notables—: ¡Gotert! ¡Tengo una orden para ti! ¡Ahora! —El tal Gotert, se personó apartando a los demás—. Te ordeno que trabajes con este hombre, ahora mismo, como segundo oficial, contramaestre o lo que aquí el navegante te asigne. No está a tus órdenes, pero sí bajo tu supervisión, ya me entiendes. Le vas a conseguir una tripulación, aunque la tengas que sacar de leva o del mismo infierno. He dicho. Y mañana más. Dejadme pues, que ahora me espera la victoria fecunda.

Gotert era el notable más joven y más próximo al emperador, al menos de los que había allí presentes. El emperador sacaba a menudo válidos y bastardos fieles hasta de debajo de las piedras y se suponía a Gotert como uno de los más allegados de este tipo de personajes. A pesar de su juventud, como bien sabía el emperador, hasta ahora había demostrado la increíble capacidad de cumplir cualquier misión, por mucho que pareciese que estaba fuera de sus posibilidades. Cuando se le echaba un vistazo a tan precoz notable (no superaba los veintiún años), nadie

diría que, en esa misma batalla, no hacía ni un par de horas, se había abierto paso a sablazos entre docenas de enemigos en lo más encarnizado de la acción: saltando con una pértiga, había alcanzado el emplazamiento de uno de sus disparadores de cargas, dando muerte a los seis artilleros que lo manejaban, para así dispararlo contra las filas contrarias.

En un breve e incómodo intercambio de palabras, Alekt y Gotert se saludaron y convinieron una cita para trazar la estrategia de esa aventura. Ahora, ambos consideraban que no era el momento por razones personales que no deseaban revelarse (ambos sentían una desconfianza mutua), pero que los obligaban a alejarse durante un corto periodo de tiempo. Acordaron sin discusión volver a verse al cabo de unos días. Al menos, esa necesidad de irse y esa desconfianza inicial en común, les facilitaría ponerse de acuerdo en seguida, el resto ya sería otra historia.

Otro aspecto que resolvieron sin esfuerzo, sin que Gotert mostrara ganas de discutir, o al menos eso hacía creer, fue la contratación de la tripulación, que debía confirmar el mismo capitán, aunque el joven notable pudiera traer sus propuestas. En realidad, se ponían de acuerdo de forma rápida, aunque luego quedaban con una suspicacia malsana.

Para acabar, Gotert insistió varias veces en la enorme carga que le quitaba de encima, ¿acaso le estaba insinuando que le iba a caer toda la responsabilidad si no lo

hacía bien? Alekt no se sentía del todo cómodo con el joven valido.

Mientras, el emperador desapareció entre las sonrisas cómplices y socarronas de visires y notables, ya que se dirigía hacia la victoria fecunda. Se trataba de un rito denigrante para los vencidos, sobre todo para el género femenino. Dicho rito, provenía de nobles hechos del pasado que se fueron pervirtiendo. Antaño, cierto emperador liberó otros reinos de un monarca bestial y abusivo, incluso con su propia familia, por lo que la mujer del vencido accedió a una invitación de cena del emperador victorioso, suponiendo que no podría ser peor que el bruto de su marido. Su encanto fue tal que ella se dio sin dilación, dando a luz a un hijo como fruto de esa jornada. La fama del emperador, encantador, humano y libertador de tiranías, hizo que se repitiese el rito de la cena, con todo el erotismo que luego llevó tal evento. Pero a lo largo de las generaciones, convirtieron en una costumbre flirtear con las mujeres de los vencidos, primero; y después en despiadado abuso encubierto de buenas maneras. Se suponía que la mujer y las hijas del alcalde de esa ciudad serían invitadas a una cena magnífica en la que serían tratadas con respeto; sin embargo en la comida y la bebida ingerirían la droga que las hacía indefensas a la humillante violación. Para fastidio de los depravados vencedores, en esa ocasión, solo contaría con las mujeres de un consejero menor, pues el alcalde y los consejeros importantes habían huido con antelación. Lo peor del caso es que esa

costumbre también se había extendido de manera más marrullera entre los notables y la tropa.

Alekt huyó avergonzado esa misma noche de la ciudad, aprovechando el par de días acordados con Gotert, para que el devenir de los hechos no perturbase sus ineludibles tareas necesarias. En un ambiente enfervorecido por tal actividad no podía concentrarse ni mirarse al espejo como hombre. Volvió al cuartel general de su clan a trote lánguido, por la misma senda por la que vino hasta el cercano pueblo de Erevost. En su marcha le acompañaban flujos de refugiados que huían de Eretrin, familias enteras, madres con sus hijos que miraban con temor a aquel jinete acorazado, desnudo de su yelmo, con la cabellera bailando al son del viento frío. El jinete, no podía expresar su condolencia hacia los inocentes, porque no hablaba su lengua; no podía decir cuánto lo sentía y cómo se encontraba en esa ciudad, en esa horrible situación, por razones ajena a su voluntad. Algunas gentes huían cuando se percataban de su presencia: Alekt se les aparecía como una amenaza, pero lejos de ser peligroso, en realidad resultaba una salvaguarda contra los soldados menos piadosos de su propio ejército, o contra las aviesas intenciones de aventureros que se acercaban allí donde había una batalla para rapiñar a personas, inmuebles y cadáveres, como unos carroñeros más. La presencia de un notable del imperio, tal como se mostraba por los distintivos recién impuestos y visibles para todos, era un hecho que imponía respeto y cautela entre la chusma

saqueadora, máxime cuando Alekt iba magníficamente pertrechado.

Detrás de él, columnas de humo se alzaban desde el campo de batalla y de la misma Eretrin, pero él, sabiéndolo, no quería mirar hacia atrás por nada del mundo, no deseaba volver siquiera tras los dos días acordados con Gotert. Prácticamente, ya ni deseaba hacer su expedición, ¿a qué precio? El recién proclamado notable Alekt Tuoran seguía conservando su alma de hombre sencillo, de artesano de la mar, de niño de vecindario que había crecido mucho; y por ese motivo, por tener esa alma, Alekt lloró. Por suerte, para cubrir la vergüenza de ese llanto, una fina lluvia empezó a caer, fría casi como el hielo que pinchaba la piel hirviente de los que habían hervido por dentro.

Al cabo de cuatro horas de viaje, con las luces crepusculares, llegó al campamento de los Tuoran y aprovechó para hacer una revisión informal a los supervivientes de la batalla: familiares, seguidores y empleados, que habían llegado mucho antes que él para atender a los heridos. La milicia familiar estaba comandada simplemente por su padre, su hermano y él mismo. Su hermano Argüer había sufrido peor suerte en la lucha y descansaba de las costuras practicadas en el vientre por su cirujano, a causa de un largo sablazo que le había seccionado superficialmente, por suerte. Los demás tampoco estaban muy enteros, y había habido alguna que otra lamentable baja: de los cuarenta que vinieron, seis

habían muerto, y doce tenían heridas graves; algunos, lisiados para el resto de sus vidas. Este era parte del precio del emperador, que Alekt de entrada se había negado a pagar.

Los sanadores comentaron que Argüer tenía altas probabilidades de recuperarse puesto que el tajo había cortado solo la piel, aunque todos eran realistas con los riesgos, porque sabían que se podían presentar las fiebres de infección. Alekt sufría por su hermano como no había sufrido hasta ahora por nadie. Así que, harto de dolor, fue a hablar con su padre, que se encontraba retirado a una distancia del campamento familiar, también contrito, padeciendo y rogando por su hijo herido. Sin embargo, Alekt, tras saludarlo con poca efusión, le habló así:

—Tú también me hiciste esa recomendación, la gran sugerencia de obtener el favor del emperador mediante la guerra, y mira en qué se ha convertido para nosotros y, de hecho, para todos. A veces, me pregunto si unas vidas humanas valen cuatro ideas.

El padre comprendía sus dudas, y no se alteró por sus reproches, sin embargo más que contestarle, le argumentó en contra:

—Deberías pensar que, muy probablemente, esas vidas humanas creían en esas ideas. Incluyendo a tu hermano.

Pero Alekt no se amedrentó y le contestó de forma razonada; algo que su propio padre les había fomentado desde que eran pequeños. Por eso le dijo:

—Padre, las ideas son eso: ideas, imágenes en nuestra mente de lo que pudiera ser la realidad. Esa realidad lleva a la perversión de esas ideas irremisiblemente. Sin ir más lejos, fíjate en la pantomima que ha sido nuestra petición. Yo, sinceramente, no sé cuál es el estado de las fragatas prometidas. En fin, preferiría que fueran dos desperdicios para darme la excusa de abandonar todo esto. ¡Oh! Y si pudiese canjear ante Dios nuestro proyecto por la salud de Argüer. Si Dios me oyese, esto debería cumplirse por ser un pensamiento justo. Pero, ¡ah, padre! Aquí no hay Dios. Ni creo que nunca lo haya habido.

—Vivirá, Alekt, tenlo por seguro, porque yo soy su padre. Y esas ideas son más importantes y más fuertes que los deseos pedidos a Dios. Ya sean los del presente o los del pasado.

—Sí. Ya sabes que yo contengo el pesimismo de madre — añadió, sonriendo.

—Por suerte. Si no, todo sería muy aburrido siendo todos tan optimistas.

Padre e hijo se rieron con un tono cansado y amargado. No tenían muchas fuerzas, ni mucho ánimo, pero pudieron abrazarse, encontrando consuelo. Alekt, no obstante, volvió a recaer en su pesimismo obsesivo: se volvió a lamentar de su suerte y de lo que padecían:

—Y todo porque ahora es la época de la partida. ¡Maldigo las corrientes y las mareas!

El padre, sorprendido, le contestó:

—Parece mentira que un marinero como tú se pueda quejar del tiempo. Cosa que ya es tonta de por sí, ¿realmente has escuchado lo que tú mismo has dicho?

—Disculpa, padre. En alta mar sabes que no diría semejante cosa. Llevo unos correajes y pertrechos que solo me recuerdan lo que he tenido que hacer, y lo que nunca he sido. Debo de estar trastornado por esa razón.

—Vamos, hijo, no te maldigas a ti mismo. Ve a comer y a descansar. Mañana empujaremos un poco más hacia adelante nuestro futuro. —Y padre e hijo se acompañaron a tomar su reconfortante caldo, a reposar sus cuerpos, a abandonar armas y armaduras, a untar heridas y magulladuras para curarlas con el reparador descanso que les daba esa noche calmada.

En la recién tomada ciudad de Eretrin, otro personaje del pueblo de los nalausianos (así se denominaban a los habitantes de Eretrin) permanecía oculto en el sótano de su casa con su mujer y su hijo pequeño. Ni con insinuaciones ni con drogas iban a abusar de su mujer, y por eso ahora se escondían. Sin embargo, después de haber luchado sin descanso contra el imperio, en esa misma batalla y en otras anteriores, los planteamientos que debía hacerse para sobrevivir tenían que ser realmente complejos: resistir y enfrentarse era la opción más estúpida, porque no podía ni vencer ni llevar a rastras a su familia bajo una amenaza de muerte continua. Salir y exponerse era por supuesto lo menos recomendable. Y por si fuera poco, el taller donde ejercía su oficio de ebanista había quedado muy maltrecho

por los incendios producidos en la toma de la ciudad. ¿Hasta cuándo podría y debería estar escondido? En ese sótano solo había comida y bebida para tres días. Él, de nombre Trucano Negosores, excarpintero y exespadero ligero de la República Autónoma de Eretrin, estaba abrazado a su mujer y a su hijo, los cuales dormían agotados por la ansiedad y el miedo, mientras él estaba intentando elaborar en su mente el plan para su huida de esa ciudad. Cuando encontró la solución, sus ojos se abrieron como si se hubiese descubierto un tesoro. Con intención de comentárselo a su mujer, la despertó susurrando:

—Nitavi, Nitavi, despierta, amada...

Alertada, abrió los ojos de golpe:

—Los soldados, los saqueadores, ¿y mi hijo?

—Tranquila, tranquila, pero por favor no grites. Escucha, debemos huir de aquí, y lo haremos con un plan que he trazado.

—No sé cómo puedes aún pensar; con esta ansiedad, con esta amenaza continua sobre nosotros —le interrumpió con decaimiento.

—Pues pude, y escúchame lo que te digo: abandonaremos esta casa con lo mínimo para transportar y lo más fácil de cambiar. Para ello haré excusiones arriba, a la casa, y cogeré lo que pueda. Barraré la puerta y procuraré poner una señal de epidemia, ¿verdad que es buena idea?

—Ten cuidado, te lo ruego.

Él prosiguió entusiasmado:

—Entonces, subiremos a la casa y saldremos por el ventanuco trasero; de noche, en silencio. Si me ayudas un poco podríamos huir mañana mismo.

La mujer, que era realmente juiciosa y decidida, apoyó el plan de su marido, pero encontró un inconveniente de peso, y se lo dijo así:

—Es la mejor solución que puedes haber pensado para huir, mi esposo. Pero, ¿qué haremos luego?

—Iréis a Domón, el pueblo próximo en la ruta a Erevost. Allí estaréis con mi prima Duelva que, sin duda, os acogerá. Solo de veros sanos y salvos tendrá una alegría enorme, y estoy seguro de que hará todo lo posible para que estéis bien.

—“Os acogerá”, “estaréis”, ¿te refieres solo a nosotros dos? —contestó alarmada.

—Sí, así es, y así debe ser. Mientras tanto, yo pediré trabajo a alguno de los vencedores.

La mujer puso una cara entre aterrada y confusa. Cuando él leyó esa mirada, le aclaró cómo sería esa solicitud:

—No pediré cualquier trabajo ni se lo pediré a cualquiera. Pero piensa que es la mejor opción: sé hablar rigani, tengo un oficio útil y conozco bien la ciudad; puedo serles útil. Y quién sabe, si desde esa posición podamos devolverles el golpe.

—¿Y si alguien te reconoce? Mataste a seis de ellos en la batalla. ¿Y si te reconoce un vecino?

—No te preocupes, puedo hacer varias cosas: primero, cambiar de aspecto; segundo, si es necesario cambiaría de

nombre; después, intentaré que mi trabajo no sea en la calle, o mejor, que sea de noche, lo que sea para no ser demasiado visible.

Su esposa ya no tenía objeciones, quizás porque no veía alternativas o porque confiaba en que Trucano había pensado en todo. Su marido, que era un año más joven que ella, siempre había dado muestras de ser excepcional y más maduro que el resto de muchachos, pero sin perder la ilusión de los espíritus juveniles. Con solo quince años había conseguido ser oficial ebanista, y uno de los más habilidosos de la ciudad. Los maestros del gremio aún no le permitían disponer de taller propio por no tener la edad pertinente, pero demostraba sobrada capacidad para organizarse, y así lo demostró a los dieciocho años cuando llevó su propio negocio y le pudo sacar provecho. A los diecinueve, había tomado como esposa a la joven más bella e inteligente del barrio, pero lo más importante era que ellos dos compartían la misma visión del mundo, y él lo había sabido desde que la conoció cuando eran niños. Tal como planearon, al año siguiente tuvieron su hijo, del cual su orgulloso padre estaba totalmente seguro que sería un sabio de la República. Con esa forma de ser, cualquier plan lo llevaba a buen término. Incluido el que acababa de explicar a su mujer.

La noche siguiente, salieron por un ventanuco trasero: primero Nitavi, luego el niño de seis años, que era tan espabilado como sus padres y, por último, Trucano. Tras

deslizarse por el agujero, cerró la pequeña ventana desde fuera utilizando unos hilos ingeniosamente dispuestos.

Con tiento y cuidado emprendieron la marcha hacia Domón, por el camino de Erevost. Evitaron las patrullas, se escondieron al oír el galopar de caballos. Y así toda la noche. La pareja era muy resistente a las marchas y cargaban con su hijo en la espalda cuando el pequeño quería dormir o cuando la vía se hacía accidentada. En efecto, se escondieron de todos los jinetes. Sin embargo, no se escondieron de uno en concreto, que iba a un trote cansado y apagado, que se les presentó como un aparecido en las primeras horas de la mañana. A Trucano le daba la sensación de que aquel jinete ahorraba las energías de su caballo para hacer una larga travesía, pero si hubiese sabido que solo volvía de Erevost hacia Eretrin, entonces hubiese deducido la enorme melancolía que ese hombre llevaba consigo. La familia no se escondió sino que lo miraron iluminados por las luces de la madrugada, escrutando en él síntomas o señales de bonhomía o algún sentido de la justicia. Eso fue lo que les pareció ver en su mirada, a pesar de percibirse claramente de que estaba cegado por el sol que tenía delante de él. Ellos de alguna manera intuían que no era el semblante de un aprovechado, de un crápula, sino la de un hombre que había sufrido.

Por el contrario, el caballero, de nombre Alekt, solo veía tres formas humanas que constituían la silueta de una familia: hombre, mujer e hijo. La presencia del pequeño le

enterneció y le tranquilizó. Alekt suponía que no podían ser bandidos disfrazados de refugiados, ya que les acompañaba un niño. Independientemente de si estaba acertado o no con esa conjetura, solo podía decirse que esa era la ingenuidad de Alekt, ya que lo suyo no eran las triquiñuelas de pícaros de caminos, sino la franqueza de la mar que, aunque ruda, si se sabe leer, no engaña.

Durante un par de minutos, a medida que se aproximaban, se iban mirando sin decirse nada, minutos demasiado largos en los que el hombre de la familia se avanzó hacia el jinete acorazado, y tras quedarse a tres metros del morro del caballo, le dijo en su idioma:

—Buenos días, señor, ¿os puedo ayudar?

—¡Hablas mi idioma! —dijo sorprendido Alekt—. Eso no es nada común en tu pueblo, dada la enemistad que nos separa.

—Es necesario hablar cualquier idioma cuando se hacen negocios.

—Mmm... ¿Eso significa que eres negociante o que pretendes negociar? —A Alekt, la respuesta de aquel joven le levantó muchas suspicacias, y lo dejó notar en su expresión.

—Buen notable...

El jinete le interrumpió muy molesto, mientras se miraba de reojo los distintivos coloreados en su coraza que lo habían delatado:

—Te pido que no me llames notable, mi nombre es Alekt.

—Señor Alekt, excusadme, pero no traigo segundas intenciones. Mirad a mi familia; no puedo negociar más que por lo que yo pueda valer, para que ellos vivan cada día y puedan tener techo y pan.

—Comprendo —respondió lacónicamente Alekt.

—Entonces, lo que yo quiero negociar es una posibilidad de trabajo para mí, dado que mi antiguo empleo ha desaparecido con esta guerra. —Trucano demostraba unas dotes de hábil psicólogo, y sabía que podía confiar en ese hombre porque había recelado sin violentarse. Pero, lo más importante, no se había interesado especialmente por su esposa.

Nitavi, que se había acercado desde atrás, se había percatado, esperanzada, de lo mismo que su esposo: de una intrínseca bondad en aquel hombre impasible. Tiró de la casaca de su marido y le susurró:

—Dile a este señor que agradecemos su clemencia. Es un buen hombre, no sé por qué, pero lo sé, y ojalá pudiera contratarte.

—Creo que estoy en ello, mi amada —le respondió con una sonrisa.

Alekt les interrumpió con una pregunta, pues no podía comprender su lengua:

—¿Qué dice tu mujer?

—Dice que sois un buen hombre, y se sentiría honrada de que trabajase para vos.

Alekt no podía dejar de sentirse halagado, aunque al mismo tiempo gravemente incómodo; representaba al

enemigo que había destruido su forma de vida. Su respuesta fue decidida rápidamente entre la clemencia y la necesidad:

—De acuerdo, de acuerdo, ¿cuál era tu oficio?

—Ebanista —dijo Trucano.

—Estupendo, ¿podrías hacer arreglos en un barco?

—He hecho arreglos para barcos, pero no en alta mar, señor. Confiad en que me veré capacitado en cuanto me ponga manos a la obra.

Alekt veía en ese hombre algo más que un simple ebanista, y le preguntó más cosas:

—¿Tienes alguna habilidad aparte de ebanista, políglota y buen negociador?

—Sin ánimo de ser presuntuoso, tengo la habilidad de adquirir habilidades, señor.

—Eso es lo mejor, mi querido amigo. ¿Cómo te llamas?

Trucano se dirigió a su mujer y le dijo emocionado: «Me ha llamado amigo». Nitavi sonrió con la esperanza en sus labios. El joven ebanista se volvió a su nuevo jefe, y le dijo:

—Trucano Negosores, patrón.

—Vaya nombres que tenéis. Bueno, si no tienes inconveniente, puedes montar en la grupa de mi caballo o reunirte luego en Eretrin conmigo si quieres acompañar a tu familia hasta vuestro destino. Te daría dos días para tal cosa, si te fuera menester. En efecto, buscamos gente, y mejor si son naturales, libres de heridas de batalla. Nuestra empresa es un viaje náutico.

Trucano tradujo todo aquello a los suyos y añadió que, a pesar de la distancia y la pena de la separación, un trabajo marino sería lo mejor para que la ciudad olvidara su rostro y el tiempo difuminara su pasado de milicia. Tras un intercambio de comentarios, consejos y risas de emoción entre la familia ebanista, Trucano contestó:

—Os acompañó ahora, señor. Mi mujer es muy capaz y resuelve siempre cualquier situación, y mi hijo es un niño obediente y tranquilo.

—Te felicito por tu familia, ebanista. Entonces, despídete, que iremos con cierta prisa.

Así lo hicieron. El hijo, el pequeño Tubisto, se abrazó con mucha fuerza a su padre porque, a pesar de su temprana edad, había comprendido todo lo que había sucedido y lo que iba a suceder. Nitavi besó con el amor de años a su marido en esa precipitada despedida. Luego, la mujer miró a los ojos de Alekt con una sonrisa de agradecimiento especial. No obstante, Alekt se mostró incómodo, a pesar de devolver la sonrisa cortésmente; estaba sufriendo y lo dejaba notar hasta en sus más insignificantes movimientos. Cuando se fue con su esposo, Nitavi se había contagiado de la tristeza de aquel hombre y, fuera la que fuese su causa, hubiese deseado aliviarlo dentro de lo posible porque no los había tratado ni como enemigos ni como vencidos. Pensó en pérdidas, en bajas y, como un chispazo, se le hizo patente la posibilidad de que alguien cercano a él hubiese salido mal parado en la batalla, quizás un hermano que podría estar en peligro de muerte. Una lágrima se deslizó

del ojo de la mujer, como única expresión que podía permitirse por la congoja hacia las muertes de sus enemigos. Luego se controló.

Dado que el encuentro y la charla con Trucano le habían hecho perder prácticamente media hora de marcha , ahora se veía obligado a trotar más rápido para llegar a su destino; el joven notable Gotert le estaba esperando en una taberna que ambos conocían . Tal como le había dicho, le encontraría, si podía, revisando a los levados o contratados para la expedición. Alekt insistió en que podrían verse en las afueras, porque probablemente tuvieran que agrupar cerca de cien hombres, pero Gotert aseveró que no, que era menester la discreción para esta misión, y debía hacerse en la ciudad, en un edificio con pocas ventanas, lo más secreto posible. Por eso, tendría rondando en turnos planificados a los candidatos; sueltos, si eran contratados, o con custodia, si eran levados.

Al entrar en la ciudad pudieron ver muchos cambios, respecto al desorden que había cuando salieron. Cuadrillas de soldados reparaban daños y construían fortificaciones para someter a los vencidos. También, empleaban a algunos civiles, pero no se podía apreciar si los que iban alabarda en mano vigilaban a esos trabajadores por su condición esclavizada, o simplemente a la obra y sus materiales, pues estaban ciertamente tensos y alerta ante la más mínima sospecha de evasión, rebelión o robo. Con un terrible estupor pudo ver a algunos ejecutados por destripamiento en alguna plaza pública: había soldados

imperiales ajusticiados, pero muchos más nalausianos, por lo que Alekt no pudo evitar decir «lo siento» a su acompañante.

—Vos no sois quien los habéis ordenado, señor Alekt — dijo políticamente Trucano. Sin embargo, no podía negar un odio indiscriminado a cualquier invasor del imperio de Strooli.

Llegaron a la posada convenida y, de repente, Trucano recordó con pavor que podían reconocerle. Precisamente, por lo precipitado de su contratación, no había cambiado ni su aspecto, ni había adquirido un nombre nuevo, ni nada por el estilo, tal como había pensado en su primitivo plan, tal era su cansancio. Le alivió el hecho de que este era un barrio que frecuentaba muy poco pero, ¿y si había un conocido entre los de leva? La posibilidad le causaba tal terror que sudaba a mares. Su patrón lo notó y le preguntó:

—¿Qué te ocurre muchacho? ¿Temes algo?

—Patrón, por favor, ¿me permitís pasar por mi casa para recoger unos pocos efectos personales? Acabo de recordar que dejé un amuleto familiar de mucho valor sentimental.

Alekt estaba escamado, por lo que estableció unos términos antes de ir allí:

—Que quede clara una cosa muchacho, esto... Trocano.

—Trucano —le corrigió el ebanista.

— ¿Qué?

—Me llamo Trucano, patrón —le volvió a corregir.

—Si quieres acabar bien, mi joven ebanista, me vas a dejar que me equivoque las veces que me haga falta con tu